



09 de noviembre de 2011

[Imprimir Página Web](#)

Blair y Europa

Antonio Rafael Rubio Plo

ARI Nº 41-2002 - 3.9.2002

En los últimos cuatro años, Tony Blair ha querido dar a Gran Bretaña un papel importante en una construcción europea basada en el protagonismo de los Estados nacionales, pero tiene que luchar en su propio país contra una opinión desfavorable que se alimenta de mitos antieuropeos.

Mitos antieuropeos

En el debate sobre el papel que desempeña Gran Bretaña en Europa hay que tener en cuenta también lo que los responsables del *Foreign Office* suelen calificar de "mitos" acerca de la Unión Europea. El ciudadano británico no sólo está "bombardeado" por los euroescépticos conservadores y las andanadas esporádicas de la señora Thatcher sino, sobre todo, por una prensa mayoritariamente hostil a la UE, en la que el liberal *The Guardian* es una de las contadas excepciones. Sin ir más lejos, el propio Rupert Murdoch, poderoso representante del poder mediático con *The Times* a la cabeza, manifestó recientemente su discrepancia con Tony Blair en la cuestión del euro. Una encuesta de *Barclays Capital* (24/7/02) sobre las preferencias en un referéndum sobre el euro, arroja un 61% de noes contra un 25% de síes. Pese a sus esfuerzos de presentarse como "*practical europeans*", Jack Straw, responsable de Exteriores, y Peter Hain, ministro para Europa, no parecen haberse ganado a la opinión pública. Tampoco se nota mucho el resultado de la decidida toma de posición de Blair al afirmar en el *European Research Institute* que el futuro de Gran Bretaña está vinculado al de Europa (23/11/01).

Los adversarios de la UE presentan argumentos atractivos para el hombre de la calle. Ponen el ejemplo de Noruega o Suiza, países con alta calidad de vida y escasos índices de paro, que no pertenecen a la UE. Por ejemplo, Noruega disfruta de las ventajas del mercado único con el EEE (Espacio Económico Europeo) sin estar sometida a Bruselas y sin tener que subsidiar a otros países por medio de los fondos estructurales. Gran Bretaña debería estar en el EEE y recuperar así su plena soberanía nacional. Sería respetar el deseo del electorado británico que dijo sí en el referéndum de 1975 al mercado común europeo, pero que estaba lejos de pensar en que aquello desembocaría en una unión política. Estos defensores del librecambismo son los mismos que apoyarían una integración de Gran Bretaña en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) o que desearían que su país no participase en la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) para poder entenderse sin trabas con Washington y llevar en el mundo su propia política exterior. En ocasiones hablan de formar un poderoso bloque con la *Commonwealth* pero la simple lectura del listado de los más de 50 países que la integran es suficiente para tachar de poco realista esta afirmación. Los euroescépticos también se sirven de las estadísticas y afirman que si Gran Bretaña es la cuarta

potencia económica mundial, debe tener el correspondiente peso político a nivel global. No se plantean, desde luego, las consabidas reflexiones sobre la "decadencia" de Gran Bretaña, expuestas en ambos períodos de postguerra. Practican un voluntarismo muy thatcheriano y olvidan, por ejemplo, que en el referéndum de 1975, Margaret Thatcher, recién llegada al liderazgo de los *tories*, defendió el sí y aseguró que la identidad británica no se perdería con la pertenencia a la CE. Estos euroescépticos, sean o no conservadores, son los mismos que ven en las instituciones de Bruselas la génesis de un superestado federal europeo, burocratizado y nivelador progresivo de las peculiaridades nacionales. Las afirmaciones en el pasado de Romano Prodi de que la construcción europea ha de basarse en los Estados nacionales no les tranquiliza, sobre todo cuando a finales del pasado mes de abril, fueron dadas a conocer las pretensiones de la Comisión de asumir competencias en materia de relaciones exteriores.

Lo cierto es que por el Reino Unido circulan de boca en boca las elucubraciones más dispares sobre la UE: que la Comisión reglamenta el tamaño de los pepinos o que los euros no podrían llevar la efigie de la reina. La organización *Britain in Europe*, (www.britainineurope.org) integrada por europeístas del mundo de la política, los sindicatos o los negocios, ha elaborado una lista de 50 asociaciones antieuropeas y ha recopilado más de 200 mitos antieuropeos. Absurdos unos, curiosos otros, pero todos rebatibles desde un punto de vista jurídico o económico. El problema para el gobierno de Blair es que los argumentos económicos no suelen dar mucho resultado cuando el adversario sabe hacer uso del componente emocional.

Argumentos prácticos y argumentos emocionales

El debate sobre Europa se libra más en el terreno de la emoción que en el de la razón. Apelar a la paz y seguridad en Europa construida por la UE en más de 50 años, puede ser un mensaje válido para el continente y, en especial, para los países centroeuropeos y balcánicos. Por lo demás, la decisiva contribución británica a la liberación del continente en las dos guerras mundiales queda muy lejana para las generaciones más jóvenes, influidas, como en tantas otras sociedades occidentales, por un cierto desinterés por lo histórico y más atentas a las realidades cotidianas económicas, laborales o de ocio. De ahí que el gobierno laborista haga hincapié en las ventajas materiales que tiene la pertenencia a la UE y lo llame "europeísmo práctico".

El principal argumento para un país de tradición librecambista siempre será el del comercio exterior: el 60% del comercio se realiza con la UE (un porcentaje cuatro veces superior al realizado con EEUU). Luego vienen los casos concretos: los intercambios con Francia son mayores que con el conjunto de los países de la *Commonwealth*, y con los Países Bajos superan al comercio con el sureste asiático. Se insiste a continuación en que el comercio con la UE ha dado lugar a la creación de 3 millones de empleos. Tampoco faltan entre los argumentos europeístas la enumeración de las cuatro libertades de circulación en el mercado único o que el 23% de la inversión de la UE se realiza en Gran Bretaña y ha originado unos 50.000 empleos.

Otra baza europeísta del gobierno es el proceso de regionalización. Es evidente que la UE significa regionalización. Los Estados se ven alentados a una reorganización territorial, pese a no tener tradición regional como sería el caso de Grecia, pues esto les permite recibir las correspondientes subvenciones comunitarias. En este sentido, el gobierno de Blair no sólo se contenta con la "devolución de poderes" a Escocia, Gales y el Ulster, y la creación de la Autoridad de Londres. El pasado 9 de mayo (icuriosa coincidencia con el Día de Europa!), Blair presentó un Libro Blanco en el

que se propone dividir a Inglaterra en 8 regiones autónomas (Northeast, Northwest, Yorkshire, West Midlands, East Midlands, East England, Southeast, Southwest), con Asamblea parlamentaria electa, si bien ninguna de las futuras regiones estaría obligada a tenerla. Cada Asamblea tendría entre 25 y 35 miembros, habría un *First minister* y un Gabinete de 6 miembros. Los conservadores se oponen, alegando que esta regionalización quita poder a los municipios y crea más burocracia. Ven en el proyecto otro ejemplo de un socialismo estatista, limitador de libertades municipales y creador de nuevas cargas impositivas.

El gobierno defiende, por tanto, las realidades prosaicas del europeísmo (empleo, economía, seguridad alimentaria, protección del medio ambiente), hace apelación al pragmatismo, pero esto no basta para aumentar los sentimientos europeístas ni mucho menos para ganar el referéndum sobre el euro. La citada encuesta de *Barclays Capital* aseguraba que aun en el caso de que los tests económicos sobre el euro, propuestos por el gobierno tras las elecciones de 1997, fueran favorables a la introducción de la moneda única, seguiría habiendo un 48% de noes en el referéndum frente a un 37% de votos afirmativos.

El papel de Gran Bretaña en Europa

El gobierno huye de los debates teóricos abstractos y pone el acento en las necesidades de los ciudadanos que la UE puede llenar en forma de mercado único, fondos estructurales o un espacio de libertad, seguridad y justicia. Pero los sondeos demuestran que hacer eco a un eslogan como "*save the pound, lose your job*" no es suficiente, así como tampoco lo es airear la inestabilidad laboral (inversiones y empleos generados por Vauxhall, Rover, Ford, Toyota, Nissan, Sony, Panasonic, Oki...) que pudiera derivarse por no adoptar el euro. El fondo de la cuestión gira en torno al papel de Gran Bretaña en Europa. Tony Blair tiene que demostrar que es a la vez patriota y europeo, por este orden; que el interés nacional es no sólo económico sino también político. Le corresponde abordar una difícil misión histórica: borrar las objeciones que en su día formularon Dean Acheson ("*Britain has lost an Empire, but has not yet found a role*", 1962) o Zbigniew Brzezinski ("*Great Britain is not a geostrategic player*", 1997).

Poco después del inicio de su mandato, Blair se empeñó en desmentir esas objeciones: acercamiento a Francia en cuestiones de seguridad y defensa (Declaración de Saint Malo, 1998), vía libre a la puesta en marcha de la PESD (Consejo Europeo de Helsinki, 1999). Tras el 11-S y la campaña de Afganistán, las iniciativas de Blair se han acelerado. No fue Javier Solana sino Tony Blair el que convocó una minicumbre en Londres en octubre de 2001 para coordinar esfuerzos de los aliados en el conflicto contra el integrismo islámico, aunque cometió el error de no invitar a todos los Estados interesados de la UE, si bien en un principio la invitación había sido pensada para Francia y Alemania. Blair daba la imagen de querer constituir una Europa de directorio de los Tres Grandes, con el consiguiente recelo de los Estados pequeños. Los rumores que luego circularon acerca de que Gran Bretaña defendía la creación de un Consejo de Seguridad Europeo tampoco ayudaron en este sentido. Con todo, parece haberse abandonado la idea de un eje tripartito que completaría el eje franco-alemán. Es cierto que existirían divergencias personales (Chirac-Schroeder) en el eje París-Berlín, aunque las diferencias más significativas vienen en realidad de la reunificación alemana y del proceso de ampliación. Un eje tripartito alimentaría suspicacias contra Gran Bretaña en el seno de la UE porque, además, el llamado eje franco-alemán nunca ha dado la imagen de directorio sino de motor de iniciativas en la construcción europea. Es más adecuado, por tanto, la constitución de "ejes" variados basados en intereses comunes: mercado único (España, Benelux, Italia), Francia (PESD), reforzamiento del vínculo

transatlántico (España, Italia, Alemania, futuros miembros PECOs)...

Esta política europea en función del interés nacional ha de ser completada necesariamente con una concepción de la UE basada en el protagonismo de los Estados nacionales. Es una unión de Estados nacionales, tal y como diría Chirac, y en ningún caso, unos Estados Unidos de Europa concebidos según el modelo federal americano. "*Stronger Britain, Stronger Europe*". Este eslogan puede formularse a la inversa porque, más allá del mercado único y las prerrogativas de la Comisión, quien tiene el poder en la UE sigue siendo el Consejo. La propuesta de Blair para la creación de un Presidente del Consejo, reiterada por Aznar en Oxford el pasado mes de mayo, va en esa misma dirección. De ahí que el gobierno laborista ponga enseguida en marcha su discurso patriótico ante el más mínimo atisbo de federalismo (discurso de Joschka Fischer en la universidad de Hamburgo, propuesta a la Convención Europea para el reforzamiento del papel de la Comisión). Así pues, la Europa de Blair es una unión de Estados nacionales libres, independientes y soberanos que comparten, en pos de un bien común, determinadas parcelas de soberanía. Es un *pool* de naciones, una tercera vía entre lo intergubernamental y lo supranacional. No cabe, por tanto, una elección democrática del presidente de la Comisión o la configuración del Parlamento Europeo como principal cuerpo legislativo. Antes bien, hay que reforzar el papel de los parlamentos y gobiernos nacionales, fuente primordial de toda legitimidad democrática.

El euro e Irak, dos encrucijadas para Blair

Pero todas las consideraciones sobre el papel de Gran Bretaña en Europa sobran si Londres no se une al euro. Cabe argumentar razones económicas para la adhesión pero es evidente que una cierta automarginación británica en el seno del ECOFIN conlleva implicaciones políticas, pero ¿cómo convencer a los electores que el sí al euro obedece al interés nacional? Se habla de junio de 2003 como fecha de una posible decisión sobre un futuro referéndum, teniendo en cuenta que en el próximo otoño comenzarían los trámites parlamentarios para aprobar una legislación sobre la consulta. En cualquier caso, la fecha de celebración de las próximas elecciones puede tener relación con el referéndum. Un recurso extremo sería anticiparlas y hacerlas coincidir con la consulta, que tendría, así, un matiz partidista (¿2004?). Otra posibilidad sería convocar el referéndum inmediatamente antes de las elecciones (¿2005? ¿2006?). En esta cuestión de interés nacional, afloraría la división entre los *tories* (Kenneth Clarke, William Hague), lo que probablemente repercutiría en la imagen y el liderazgo de Iain Duncan-Smith. En cambio, los críticos laboristas tendrían menos peso en un partido cohesionado en torno a Blair y los suyos.

Antes de esto, la política europea de Blair puede pasar por uno de sus instantes más críticos si secunda el probable ataque de Bush contra Irak. Llueven las críticas contra el *premier* en su propio país (han circulado imágenes verbales y hasta gráficas de que es el "perro faldero" de Bush) y los socios europeos evocan a menudo las consecuencias del ataque: un -si cabe- empeoramiento de la cuestión palestina, la reactivación del problema kurdo, la difícil encrucijada para los regímenes árabes moderados... Blair elude responder si Gran Bretaña participará en la acción o no, pero al mismo tiempo insiste en que Bush tiene razón cuando habla de la amenaza de las armas de destrucción masiva en manos de Saddam Hussein. Así pues, si éste rechaza la vuelta de los inspectores de la ONU, lo que es bastante probable, Blair sabe de qué lado estaría. De todos modos, dentro de pocos años, Gran Bretaña contará con nuevos aliados "atlantistas" en la UE (De Gaulle los habría llamado "caballos de Troya"): Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, los países bálticos... Los debates EEUU-UE resultarán todavía más animados.

Conclusiones

- 1.- La difusión de mitos antieuropeos en Gran Bretaña hace muy difícil combatirlos sólo con argumentos de tipo práctico-económico, por muy fundamentados que éstos sean. El gobierno de Blair no sólo debe enarbolar la bandera de un "patriotismo europeísta" sino que también debería abrir un amplio debate nacional sobre Europa, es decir buscar aliados en el ámbito político, social y económico para vencer en el referéndum sobre el euro. La victoria del sí en el referéndum convocado por los laboristas en 1975 debió bastante a los conservadores de Margaret Thatcher.
- 2.- Desde 1998 Blair ha dado un especial protagonismo a Gran Bretaña en Europa. El camino adecuado en esa estrategia debe seguir siendo la multiplicidad de "ejes" basados en los intereses comunes (la "cooperación reforzada" presente en los tratados es un adecuado instrumento). En este sentido la ampliación ofrecerá nuevas y excelentes oportunidades, y no sólo para Gran Bretaña.
- 3.- Gran Bretaña y España no sólo tienen en común el interés por el mercado único. Coinciden en la potenciación de los Estados nacionales, es decir del Consejo, en la construcción europea. En el caso de España es la vía más adecuada para la cohesión nacional y para resistir a los particularismos, por utilizar la expresión de Ortega.
- 4.- Gran Bretaña busca un mayor protagonismo en Europa sin disminuir su especial relación transatlántica. Una crisis con Irak representará una momentánea encrucijada para Londres. Pero será precisamente la diversidad de "ejes" contruidos por Gran Bretaña en la UE lo que contribuirá a que las aguas vuelvan a su cauce, pese a las inevitables discrepancias en el marco de la PESCE.

Antonio Rafael Rubio Plo

Profesor del Centro Universitario Villanueva (Universidad Complutense, Madrid)

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

Subir ▲